

SANCHO Y ALDONZA

Mariano Lebrón Saviñón

*A mi hijo Mario y a mis colegas Fernando Martínez y Jaime Tatem Brache,
quijotistas como yo.*

El caserón sigue silencioso, esfuminado en las nieblas mañaneras. La gente llega apesurada y sigue camino a su trajín cotidiano. Se detiene un momento y pregunta:

-¿Mejora don Alonso?

Alguien responde tras un suspiro gemebundo:

-Se apaga.

Y es que Alonso Quijano se muere.

Seis días lleva muriendo, con las fiebres malignas; pero habla sensatamente, sin delirios, con desmayada voz y facies demacrada, sencillamente lúcido, adolorido por el recuerdo tormentoso de sus errancias insensatas. Y ha llamado al cura, a maese Nicolás, el barbero, y al bachiller Sansón Carrasco, y les habla con insólita coherencia.

-¡Dadme albricias, buenos señores, de que ya no soy don Quijote de la Mancha sino Alonso Quijano el Bueno!

Y ante la alegría de quienes lo escuchan, exclama:

-¡Cuán insensato fui! ¡Qué mucho desbarré! Y no hay Amadís de Gaula ni toda esa caterva de caballeros que me obcecaron.

Y viene Sancho, entonces, desolado, lloroso; y pugna por entrar a la alcoba del enfermo.

-No entre -grita el ama con evidente indignación-, tú eres quien enloquece a mi señor...

Pero Sancho no comprende.

-¿Quién está ahí? -inquire don Alonso, desde su cama de enfermo.

-Es Sancho -le responden.

El rostro de don Alonso se ensombrece y exclama conmovido:

-¡Mi pobre amigo! Déjenlo pasar...

Roto en sollozos, Sancho se abalanza hacia el lecho.

-¡Mi señor!

-Mi pobre Sancho ¡Perdóname! -y la voz del enfermo se quiebra.

-¿Perdonarlo? ¿Por qué, mi señor? Le debo todo lo que soy y el cachito de gloria de mis conquistas...

Don Alonso Quijano el bueno dibuja un rictus doloroso en su facies descolorida.

-Perdóname porque te arrastré en mi locura y te hice creer que había caballeros andantes, endriagos y colosos y en otras sandeces por el mismo jaez.

Sancho no comprende, no puede comprender. Nunca ha oído este lenguaje en don Quijote de la Mancha, que lo llevó a la gobernación de una ínsula y a la flor escuderil de la andantesca caballería. Y le reprocha con rara dulcedumbre:

-No se muera, señor, y viva muchos años, que no hay mayor locura que la de morir así, sin que nadie nos mate.

-No es locura morir, mi buen Sancho, mi ingenuo Sancho, mi vapuleado y sufrido Sancho...

Todos escuchan, silenciosos, esta patética conversación y Sancho intenta un tono jovial, quijotesco y cerril, cuando dice:

-¡Ea, señor, no sea perezoso! Levántese de ahí y vámonos de aventuras. O mejor, hagámonos pastores como lo soñó una vez: Pancino y Quijotis. Iremos con nuestros rabeles endechando amores, entonando canciones y encontraremos a la sombra de los follajes de los floridos bosques a mi señora Dulcinea, desencantada ya, tan hermosa que no hay más que hablar.

Don Alonso mordió un sollozo y el bachiller Carrasco liberó un murmullo de sorpresa.

-No hubo nunca Dulcinea, Sancho, ella fue creación de mis delirios. La voz del moribundo desmedraba.

Sancho emitió un sollozo estremecido.

-¿Cómo, mi señor? ¿Qué no hay Dulcinea? ¿Y acaso no la vi en la desgracia de su encantamiento?

Hubo, entonces, una transformación en la actitud de Sancho: Su rostro se iluminó, irguió su parva y obesa figura y dijo engolando la voz:

-“¿Ahora, señor don Quijote, que tenemos nueva de que está desencantada la señora Dulcinea sale vuesa merced con eso? ¿Y agora, que estamos tan a pique de ser pastores para pasar la vida como unos príncipes quiere vuesa merced hacerse ermitaño? ¡Calle, por su vida, vuelva en sí y déjese de cuentos!”

La cara de don Alonso se afiló y se irguió hasta sentarse en la cama, magro y pesaroso.

-Déjenme sólo con el cura -dijo-. Quiero confesarme.

Todos obedecieron, y tras la confesión, mansa y calladamente, don Alonso Quijano el Bueno cerró los ojos para siempre.

El cura, compungido, abrió la puerta de la habitación y anunció a los que estaban allí:

-Alonso Quijano acaba de morir.

La sobrina lanzó un grito desgarrador y se sentó convulsa y sollozante; el ama rompió en un llanto inconsolable; el bachiller Sansón Carrasco, apesarado, abandonó el recinto, lentamente; maese Nicolás, el barbero, sintió deslizarse dos tibios lagrimones por sus mejillas y el cura inició una oración. En el rostro de Sancho apareció una sonrisa indefinida y corrió hacia su rancho, al remanso de Teresa Panza, su oíslo, y Sanchica, su hija.

Con su sonrisa extraña llegó Sancho a su casa. Estaba silencioso con los ojos ausentes. Y no contestó a las preguntas que los suyos le hacían.

Hasta que Teresa le preguntó:

-¿Murió ya mi señor don Quijote?

Le respondió un suspiro, profundo, doloroso. Al fin Sancho se estremeció y contestó:

-Todos creen que ha muerto, pero yo sé que vive...y lo voy a seguir...

La mujer lo contempló presa de un súbito temor:

-¿En qué piensas, Sancho?

-En eso mismo, Teresa; en eso. La caballería andante no se ha muerto ¡Cómo no he de saberlo!

Se hundió en un hermetismo y así pasó la noche...hasta el amanecer.

Sancho decidió, por fin, en recuerdo de su amo, tras largo lapso de pensamientos inquietantes, desafiar los andurriales de las aventuras y, desechando el Rucio su asno abnegado y leal- y cualesquiera otras pacientes- decidió cabalgar a la jineta.

Un jamelgo alazán sirvióle de pretexto. Y a lomo del trotón, calladamente, por la puerta de atrás, como otrora don Quijote, desafió, una mañana fresca, la vastedad de la llanura manchega.

Iba orondo y pensativo, soñándose pastor, que al ritmo del rabel, cantaba trovas encantadas y amorosas.

Y pensó, entonces, en Dulcinea, con los ojos perdidos en el horizonte, en la almena de su castillo, allá en su recoldo del Toboso. E ir a visitarla, marchar a un adorable encuentro-, constituyó la obsesión de su primera hazaña aventurera.

La claridad del alba reventó el hontanal de su facundia y encendió el fanal de sus nostalgias.

-Verdad que era grande mi amo. Yo he de ver alguna vez al sabio que escribió la historia de sus hazañas. “De las mías no digo nada, pues no salieron de los límites escuderiles; aunque si sé decir que si se usan en la caballería escribir hazañas de escuderos, no se habrán quedado en renglones las mías”.

Calló un instante, como evocando recuerdos o incubando pensamientos. Y continuó:

-Pero ya no soy escudero sino pastor y voy hacia las alegrías de los apriscos... Y entre los pastores y el rebañejo turbión buscaré a Marcela, la desdeñosa, y le regalaré con baladas de alabanza a su hermosura...

Y callaba, reticente, como si fuera ahora su pensamiento un manantial onírico.

Y así llegó el escudero soñador al poblado del Toboso. Pensó en Dulcinea y exclamó:

-Por aquí encontraré su palacio.

Su pensamiento estaba ocupado por la imagen abstracta de Dulcinea cuando, de súbito, afloró a su mente el nombre de Aldonza Lorenzo.

-¡Ella es Dulcinea! -exclamó.

Y llamó a un jayán que pasaba:

-Oye, buen hombre, ¿acaso conoces a Lorenzo Cochuelo?

-Vaya que sí, y a su mujer Aldonza Nogales y a su hija...

-¿Sabes dónde viven?

-Al final de esta calle donde hay una cerca y unas hayales frondosas.

Y con trote cansino puso su cabalgadura rumbo a la casa.

Bajo lo prieto del hojoso dosel de las hayas, tras el vallado, vio una mujer de campesino aliño, que faenaba. La campesina apilaba ramas, y Sancho se detuvo a contemplarla con pálido embeleso. Sí, era ella: Dulcinea, y se le antojaba que el sol llovía polvo de oro sobre su cabellera de plata luminosa. Ella sintió la insólita pertinacia de esa mirada y, sudorosa y desaliñada como estaba, lo encaró:

-¿Quién es usted y qué quiere? ¿Por qué me mira así?

Sancho salvó la distancia que los separaba y aspiró aquel perfume a sándalo del cielo que debía exhalar una princesa.

-Mi señora Dulcinea, le dijo con rara dulcedumbre.

Ella se conmovió sudaba a mares bajo el sol canicular- y le respondió:

-No me llamo Dulcinea; soy Aldonza Lorenzo ¡Ya mucha honra!

-Dulcinea -repitió Sancho- ¡Dulcinea del Toboso! La dama de mi señor...

Una amapola ruborosa asomó a las mejillas de la ruda campesina y se encendió de amor. Súbitamente reaccionó:

-¡Ah! -exclamó con un raro temblor en la voz- Tú eres...

-Sancho Panza, -se apresuró a aclarar- flor de la escudería y malandante tras el más grande caballero de los tiempos...

Aldonza tendió las manos por encima del vallado, tomó entre ellas la mofletuda cara del manchengo y le dijo mientras las lágrimas corrían por su rostro:

-¡Oh, sí! Yo supe de él: don Quijote de la Mancha, aventurero por mi amor. Su historia fue comida y solaz en las serranas y en las solanas, y llegaba rota en mil ecos a mi alma.

Fui a buscarlo a su aldea y había muerto, y a ti no te encontré. Nadie reparó en mí ni hablaba de sus hazañas. Y yo lo hubiera amado... Y hubiera reinado con él en esta tierra mala.

El jamelgo de Sancho emitió un débil relincho.

Sancho no sabía qué hacer. Cuando oyó la temblorosa súplica de Aldonza:

-Sancho háblame de él.

El otrora escudero saltó el obstáculo que los separaba y bajo una frondosa haya platicaron; quiso hablar de las andanzas del caballero de la fe y no sabía cómo empezar.

-Don Quijote de la Mancha era valiente -dijo al fin-, temerario; pero noble e ingenuo. Casi un niño: podía convencerse de que en cualquier ocasión el sol brillaba en mitad de la noche. Quísele bien, comí de su pan y escancié su vino; aplacó mi sed. Su muerte estremeció las entretelas de mi corazón y es hoy el sueño de mi vida. Pero iban tras sus proezas los enemigos de su fama. Yo vi convertido en molinos los gigantes traidores por obra de alevosos encantadores. Yo vi cercenar cabezas de gigantes cuya sangre convertíase en vino y lo vi alancear ejércitos balantes como si fuesen cabras que huían en vergonzosas estampidas. Tenía alma de niño para el amor.

Sancho hablaba y Aldonza apenas entendía su lenguaje.

-Hasta mí llegaron las noticias de sus andanzas -afirmó la zafia tobosesca;- pero cuando fui a buscarlo ya había muerto.

-Pero yo te vi y oí tus quejas en la espelunca de Montesinos.

-A lo mejor yo estaba allí ¡No lo recuerdo! ¿Quién era su enemigo?

Sancho no recordaba bien.

-Un tal Malín, o Molín, quizás Merlín...

Los ojos de Sancho fulguraban con inefable ternura.

Blandamente la miraba.

-Aldonza -adujo-, tú fuiste también mi Dulcinea. Por ti hoy sueño con la aventura de una acción heroica y busco tus ojos para fortalecer mi brazo en honra de mi señor don Quijote, y para gloria tuya. Recuerdo que fui con las mujeres, en el alba de mis errancias "*como Amadís de Gaula con Oriana, encendido de amor*".

El mismo Sancho se despidió:

-Me voy en busca de un aprisco y un rabel, para cantar tu gloria y su grandeza. Seré Pancino desde hoy: el pastor Pancino.

Aldonza acarició de nuevo la cara del presunto trovador pastoril y estampó en su frente la húmeda caricia de un beso.

-Vete, pero vuelve al Toboso por mí- le susurró al oído-. Yo te esperaré aquí con la palma de tu gloria.

El saltó el vallado, subió al jamelgo trotón y se perdió a lo lejos.

Y dicen los pastores que en las noches serenas y estrelladas se desgrana bajo el cielo la ronca voz del escudero, como un rezago inmortal de la locura contagiante del amor.